

LA LLEY DE DIOS

SEMANARIO CATÓLICO.

LA VOZ DEL PAPA.

Encíclica de Leon XIII

A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS,
OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS, EN PAZ Y
EN COMUNIÓN CON LA SANTA SEDE.

(Continuación).

La esperanza de la próxima realización de todas estas cosas parece confirmada por la creencia firmísima que abrigan tantas almas piadosas, en que María ha de ser el lazo bendito, dulcísimo, pero inquebrantable, por virtud del cual todos aquellos que aman á Cristo, formarán un solo pueblo de hermanos, obedientes, todos ellos, como á su común padre, al Pontífice romano, Vicario de Jesucristo en la tierra. Al llegar á este punto Nuestro pensamiento se remonta y volando al través de las edades se fija en los gloriosos testimonios de la antigua unidad y con placer indecible se recrea con los grandes recuerdos del concilio de Éfeso. La profesión de la misma fe que unía al Oriente y al Occidente en aquellos remotos días, pareció entonces afirmarse con un vigor singularísimo y resplandecer con una gloria más pura. Entonces fué cuando sancionado por los Padres del Concilio el dogma declarando á María *Madre de Dios*, la religiosísima ciudad de Éfeso acogió la decisión de la augusta asamblea con transportes de alegría; y al propagarse la fausta nueva de pueblo en pueblo produjo explosiones de entusiasmo en toda la redondez de la tierra.

Todos estos son motivos poderosos que vienen en apoyo de la confianza que Nos tenemos puesta en el patrocinio de la Virgen poderosa y santísima, y ellos deben

ser otros tantos estímulos que exciten la devoción de los fieles á María. Consideren ellos cuán hermosa es esta devoción, cuán útil para los que la practican, cuán agradable será á los ojos de la misma Virgen Santísima. Gozando como, por dicha, gozan ya de la unidad de la fe, demostrarán que aprecian, en lo que vale, este inmenso beneficio y procuran conservarlo; y por otra parte, de ninguna mejor manera podrán demostrar su amor hacia aquellos de sus hermanos apartados de la fe que rogando por ellos y ayudándoles de este modo á reconquistar aquel bien inapreciable.

Este amor, verdaderamente cristiano, que palpita en todas las páginas de la historia de la Iglesia, siempre ha buscado su fundamento y su vitalidad en la Madre de Dios, como en la medianera más poderosa para alcanzar los frutos benditos de la unidad y de la paz de los espíritus. San Germán de Constantinopla la invocaba en estos términos: «Acordaos de los cristianos, que son vuestros servidores; recomendad las oraciones de todos, realizad las esperanzas de todos, fortificad la fe, unid á las diversas Iglesias.» Tal es, aún, en el fondo, la plegaria de los griegos: «Oh Virgen purísima, que podeis aproximarnos á vuestro Hijo, sin temor de ser nunca desoida; rogadle que conceda la paz al mundo, que inspire un mismo espíritu á todas las Iglesias, para que todos unánimes os glorifiquemos».

Otra razón nos asiste para esperar que la Santísima Virgen escuchará benignamente nuestras plegarias en favor de las Iglesias disidentes; y es que estas Iglesias adquirieron en otro tiempo títulos bastantes para obtener la protección de María. Ellas se esforzaron por propagar su culto; en su seno alentaron notables apologistas, defensores elocuentísimos de su dignidad

panegiristas ilustres, célebres por el ardor y la suavidad á un tiempo de que hicieron gala en las inmortales obras que nos dejaron; *emperatrices agradabilísimas á los ojos de Dios* (San Crilo de Alej. *De Fide ad Pulcher et soror reg*), que supieron imitar en las alturas del trono el ejemplo de la Purísima Virgen María; celebradas en todos los pueblos por su munificencia y que erigieron en honor de la Santa Madre de Dios ingentes Basílicas y templos suntuosos para rendirle culto magnífico. Y Nos queremos citar aquí un hecho no extraño al asunto que tratamos y que redundá en gloria de la Madre de Dios. Gran número de imágenes de la Santísima Virgen fueron traídas, en diversas épocas desde el Oriente á estas regiones occidentales. Nuestros padres las recibieron con respeto profundo, las honraron con magnificencia, y sus hijos conservan hoy hacia dichas sagradas imágenes los mismos sentimientos de piedad. Parece á Nos que providencialmente se conservan estos sacros emblemas como testimonios fehacientes de la dichosísima época en que la familia cristiana vivía estrechamente unida y son ellos como prendas de la común herencia á que son llamados todos los hijos de la Iglesia: parece á Nos como que la misma Virgen Santísima invita á sus hijos á que se acuerden de aquellos á quienes la Iglesia católica llama de continuo para que tornen al seno de la Unidad, de la que en hora infausta se apartaron.

Así la obra de la unidad cristiana ha recibido de Dios un apoyo eficacísimo en María. Y ya que no exista una forma singular de plegaria para obtener este apoyo, Nos creemos que el Santísimo Rosario es muy apropiado á la consecución de este objeto. Ya Nos hemos en otras ocasiones indicado que el ejercicio de esta oración especialísima suministra al cristiano medios para nutrir su fe y preservarla de los peligros del error; así lo atestiguan los mismos orígenes del Rosario. Siempre que ante Ella con devoción lo rezamos, vamos trayendo sucesivamente á la memoria todos los episodios que constituyeron la obra de nuestra Redención y Nos es de lo contemplar, como si ante nuestros ojos se desarrollaran, todos los acontecimien-

tos que vinieron á constituir la en Madre de Dios y en Madre de los hombres. La grandeza de esta doble dignidad, los benditos frutos de este duplicado ministerio aparecen, entre luminosos resplandores, á los que piadosamente meditan los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos en los que van asociados los recuerdos de la Virgen y de su Hijo. Resulta de aquí que el alma llena de reconocimiento hacia Ella, acaba por desdeñar las cosas caducas y perecederas del mundo, esforzándose por hacerse digna de tal Madre y de sus beneficios. Y como Ella es la mejor de todas las madres no puede por menos de enternecerse profundamente y sentirse movida á compasión hacia los hombres que conmemoran piadosamente sus misterios. Por esto Nos decimos que la práctica del Rosario será un medio excelente para alcanzar su misericordia en favor de los disidentes; como que esta oración se relaciona muy estrechamente con su misión de Madre espiritual. María no ha podido concebir sino en una misma fe y en un mismo amor á aquellos que son de Cristo; pues «¿acaso Cristo está dividido?» (I Cor. 1, 13.) Todos debemos vivir la vida de Cristo para que «fructifiquemos en Dios» (Rom. VII, 4) en un solo y mismo cuerpo.

Todos los que por funestas circunstancias se han separado de esta unidad merecen que esta misma Madre que ha recibido del cielo el don de hacer nacer perpétuamente una santa posteridad, los una de nuevo á la vida del Cristo. Este es, seguramente, un resultado que la Virgen Santísima desea vivamente conseguir; Ella obtendrá en abundancia los socorros del espíritu vivificante. Y los hombres de bien no reusen secundar con sus oraciones la voluntad de aquella Madre misericordiosa y puedan escuchar y atiendan á esta dulcísima invitación: «Hijos míos pequeñitos yo os concibo de nuevo para que Jesucristo sea formado en vosotros».

Habiendo sido así probada la virtud del Rosario, algunos de nuestros predecesores se consagraban á extender y propagar tan hermosa devoción por las naciones orientales. Tales fueron Eugenio IV por la constitución *Abvesperascente*, dada en el año de 1439; Inocencio XII y

Clemente XI. Por su autoridad concediéronse grandes privilegios á la Orden; y numerosos y esclarecidos documentos lo atestiguan, aunque por la serie de los tiempos y por funestas circunstancias se hayan detenido después los progresos de esta obra.

En nuestra época, esta misma devoción del Rosario que Nos habemos ensalzado, ha entrado en aquellas regiones y en el alma de muchas de ellas. Por lo mismo que responde á nuestros esfuerzos, Nos esperamos que contribuya á la realización de Nuestros designios.

A esta doble esperanza se añade un hecho en el que van interesados tanto el Oriente como el Occidente y muy conforme á Nuestros deseos. Nos hablamos, Venerables Hermanos, de la proposición que fué presentada en el Congreso eucarístico de Jerusalén, y que tiende á erigir un templo en honor de la Reina del Santísimo Rosario, en Patras, no lejos del sitio en que, bajo sus auspicios, con tanto brillo resplandeció, en otro tiempo, el nombre cristiano. Según Nos ha manifestado el comité ya constituido, muchos de vosotros habeis organizado colectas especiales y habeis prometido continuarlas hasta la terminación de las obras. Existen ya recursos bastantes para dar comienzo á la construcción con aquellas proporciones que convienen á su grandeza; y Nos hemos adoptado las disposiciones necesarias para que el acto de la colocación de la primera piedra revista singular magnificencia. Así, este templo se elevará como un monumento perenne de reconocimiento y de amor á Nuestra divina Madre, y en él será Ella invocada en ambos ritos, griego y latino, de modo que, dándole gracias por los beneficios de ella recibidos, quiera concedernos ahora los que confiadamente esperamos obtener de su patrocinio.

Y ahora, Venerables Hermanos, Nos volvemos al punto de partida. Sí, que todos, pastores y rebaños, se acojan, sobre todo durante el mes que se avecina, bajo el manto protector de la Santísima Virgen María. Que en público y en privado, con cánticos, plegarias, ofrecimientos, se unan para invocarla y suplicarle como á Madre de Dios y á Madre nuestra: *Mons-*

tra te esse Matrem. Que su maternal clemencia conserve á su universal familia al abrigo de todos los peligros; que haga lucir para ella días de prosperidad verdadera, devolviéndole la Santa Unidad; que mire con benevolencia á los católicos de todos los pueblos, uniéndolos más estrechamente cada día con los lazos de la caridad, y les conceda la virtud de la constancia para sostener el honor de la Religión, en la que van incluidos así mismo cuantos beneficios puede apetecer el Estado.

Dígnese Ella mirar asimismo con especialísima benevolencia á los pueblos disidentes; á esas naciones tan grandes y tan ilustres en las que laten tantos corazones generosos, y alientan espíritus tan elevados para que se acuerden de sus deberes cristianos; dígnese suscitar en ellos deseos saludables y nobles propósitos; y después de haberlos suscitado que favorezca su realización. En cuanto á los disidentes orientales, quiere Ella recordar la devoción acendrada que sus antepasados le profesaron y los altos hechos que realizaron por la gloria de su nombre. En cuanto á los occidentales, continúe otorgándoles el patrocinio con que durante tantos siglos, recompensó la gran piedad y devoción hacia Ella de todas las clases de la sociedad.

Dígnese Ella, por último, escuchar la voz unánime y suplicante de las naciones católicas y también la Nuestra, que se eleva hasta su Solio gritando de lo profundo del corazón: *Monstra te esse Matrem.*

Entre tanto, y como testimonio de Nuestra benevolencia, Nos os concedemos con amor la Bendición Apostólica á vosotros, á vuestro Clero y al pueblo confiado á vuestro cuidado.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 5 de Septiembre de 1895, año xviii de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

SIMÓN PETRUS Y SIMÓN MAGUS.

Con el título enunciado ha publicado L' *Osservatore Romano* un importantí

simo artículo que manifiestamente significa mucho más que el eco ordinario de un periódico y, por esta razón, como también por su mérito intrínseco y grande actualidad á causa de las fiestas del jubileo de Roma, le dan extraordinaria importancia.

«Hay un suceso histórico, dice *L' Osservatore Romano*, de más de ocho siglos de existencia, cuyo recuerdo, sin embargo, es de extrema actualidad y saludable para los tiempos que corren.

«La gran Roma imperial estaba completamente sumida en el paganismo; pero sin saber ni preocuparse de que la medida de la cólera Divina ya estaba llena y que debía sobrevenir en forma de terribles castigos y horribles penalidades.

«Ya había traspasado los umbrales de esta Roma de un modo pacífico y tomado posesión misteriosa y significativa, aunque desconocido, indefenso y pobre de todo humano recurso, el primer Papa, Pedro de Galilea.

«Venerada por los ángeles de Dios y por los pocos mortales escogidos que ya había para la alegre misión, fué erigida por la voluntad y obra divina la indestructible y suprema Cátedra de la verdad y de la salud, en aquella Roma, reina de los pueblos que Pedro había de ganar para todos sus sucesores, y por siempre para Cristo y para el mundo redimido, no por la espada, por los cañones y bombas, por las brechas, ni por el derramamiento de sangre de sus defensores, sino con el santo madero de la Cruz, con el esplendor de la verdad, con los cariños del amor, con la propia sangre y con invencibles y perennes beneficios.

«Sin embargo, esta invulnerable ordenación de la Providencia Divina que había de manifestarse y desenvolverse en el transcurso de los siglos cristianos en perenne progreso, era todavía en aquel tiempo un misterio impenetrable. Pues sólo después, el gran Constantino, iluminado por Dios é impulsado por los felices acontecimientos que marchaban en pos de la madurez de la Ciudad Eterna, debía renunciar voluntariamente á la primera residencia del mundo en favor del representante de Cristo, Señor y Salvador del mundo.

«Y después, siguiendo impulso interior, las poblaciones y provincias cercanas á Roma, disponiendo de sí mismas en perfecta independencia, hubieron de erigir el santo patrimonio de Pedro, invocando en voluntaria y devotísima sumisión, y también por el más libre y el más solemne de los plebiscitos, la soberanía civil y política del Obispo de los Obispos. Y en lo sucesivo hubieron de desaparecer para siempre, por el tenaz abandono, porfiada pérdida de la fe y sangrientos y horribles sucesos, los últimos derechos del emperador bizantino al así llamado imperio occidental. Y de igual modo los romanos mismos hubieron de pedir á sus Papas, todavía vaci antes, pero que siempre fueron los salvadores religiosos, políticos y sociales de los pueblos abandonados y oprimidos, que extendiesen como soberanos temporales su cetro de salvación, de justicia y de amor sobre la capital y pueblos que á ella estaban sumisos y á ella aspiraban.

«Era este un cetro paternal, un cetro siempre invocado, venerado, bendito y defendido con amor infantil.

«A su soberanía temporal, nunca pretendida ni menos solicitada por los Papas, sino con instancias, ofrecida y venida á ellos por virtud de providencial necesidad, no faltaron en lo sucesivo, como base, fundamento y confirmación las formas de derecho que habrían de sucederse en el transcurso de los tiempos y de los sistemas.

Y de aquí dimanaron las solícitas restituciones, las voluntarias donaciones, el libérrimo ofrecimiento de feudo y vasallaje. Y también los tratados, los protocolos, los reconocimientos oficiales y los diplomáticos é internacionales convenios.

«Así no faltaba, pues, ningún título de derecho, ninguna forma legal admitida y reconocida, ninguna autoridad real, ninguna manifestación popular, ningún asentamiento de derecho popular solemne é invulnerable, ninguna autenticidad humana y jurídica, como también providencial de un derecho y de una posesión irrefutable, evidente é indiscutible para hacer de poder temporal del Papa-Rey el más Santo, el más legítimo, el más excelso, el más digno y el más intangible de todos.

los poderes y dominios que jamás se dan, se dieron y se darán en la tierra. De suerte que, una vez usurpado este poder por modo sacrilego, ó, una vez que se toleró la usurpación de este poder por modo culpable, arrancándole todos sus títulos de derechos que como base, fundamento y defensa invocan todas las potencias de la tierra, entonces no queda en pié ningún derecho.

»Y debían también muy pronto seguir las primeras usurpaciones, por parte de los poderosos y hasta entonces felices longobardos, en daño y perjuicio de la santa herencia del Papa para aviso eterno y para terrible ejemplo de los siglos venideros; usurpaciones, como de ordinario castigadas, con la lamentable y triste ruina de aquel valiente pueblo y de aquella floreciente dinastía. A estas usurpaciones siguió la restitución del glorioso Pipino.

Así pudo el gran Alighieri sacar la consecuencia de ese grande y admirable tejido de hechos, al cual, según él, habían de añadirse todavía otros cinco siglos de admirables, sinceros y providenciales ordenamientos; así pudo, decimos, sacar la consecuencia, en perfecta conformidad con los sabios observadores de todos los tiempos y sistemas, de que Roma y el imperio romano *se fundaron para ser el lugar santo donde había de sentarse el sucesor del gran Pedro.*

»Y antes de que todo esto se desarrollara, llegó, entretanto, el gran Pedro, desconocido, desarmado y desprovisto de todo humano auxilio á aquella gigantesca é imperial Roma, que entonces estaba sumida en el paganismo, sin cuidarse, siquiera, de la plenitud de la cólera divina.

»Y Pedro entró en aquella ergástula de esclavos, desconocido, despreciado y sin armas, á virtud de la grande, gloriosa y pacífica redención; pero entró y permaneció allí libre é independiente, á pesar de que entregó su espíritu en el duro leño de la cruz.

»Era aquella libertad é independencia la que conservaba aún el representante de Cristo cuando fué hecho prisionero en campo enemigo; aquella libertad, que consiste en la buena disposición de ánimo para sacrificar todo respeto humano

en honor de la palabra divina y de la salvación del género humano; aquella independencia que resplandece en la invencible constancia hasta para el martirio por obedecer antes á Dios que á los hombres.

»Sin embargo, esa primitiva é indestructible libertad é independencia del primero de los Papas que penetra desconocido en campo enemigo, debía desarrollarse y perfeccionarse en sus sucesores hasta llegar á ser aquella pública, plena y soberana libertad; aquella invulnerable, inatacable y excelsa independencia que, en virtud del derecho indiscutible, corresponde al vencedor pacífico, el cual, por disposición divina y humana, vió trocarse en su propio reino el antiguo campo de los vencidos y rescatados enemigos, y al cual, por sus beneficios universales y constantes, corresponde el título de derecho más imprescriptible de legítima adquisición.

»Sin embargo, ya con aquella primitiva libertad é independencia que no puede arrancarle toda la furia del infierno, apareció San Pedro temible ante los malos espíritus que tenía la dominadora de los pueblos bajo su propio dominio. Al Simón Pedro se opone el Simón Mago, el esclavo y adorador de Satanás, con el cual él intenta arrojar á Pedro de Roma y del campo conquistado, y Simón Mago, en lugar público, bajo griterías alegres, las obscenidades más asquerosas y la aprobación frenética de los indígenas y extranjeros; á la vista de Pedro, el insultado, escarnecido y vilipendiado Papa, y representante de Cristo, se eleva á gran altura en los aires, y entona, transformado en un ángel de luz, ébrio de loco orgullo, el cántico triunfal, y anuncia la humillación, la derrota de Pedro, la ruina del reino del Papa.

»Y ¿qué hace, sin embargo, el Papa? Pedro, aparte, recogido en sí mismo; no se cuida de sí, si no de las ofensas de su Cristo, de la ruina de los pueblos á él confiados. Pedro sufre con paciencia y ora, puesto de rodillas, y con el Papa despreciado y escarnecido oran también los pocos creyentes, la naciente Iglesia Católica, ese grano de mostaza, destinado á cubrir de sombra la tierra. Y esta humilde, fervorosa y constante oración que en otra

ocasión rompió las cadenas de Pedro, que estaba destinado á dominar para siempre en Roma, esta oración, alcanza también esta vez del Padre celestial que está en los cielos su admirable resultado. Los malos espíritus son encadenados con Satanás en los infiernos; y Miguel, el Príncipe del ejército celestial desvainando su espada, y al que pretendía ser ángel de luz le arranca su falaz apoyo y Simón Magus cae maldiciendo al suelo, destrozándose la cabeza y haciendo explosión sus entrañas.

»Y Pedro, ensalzando á su Cristo, triunfa glorioso; ese Pedro que vivirá para siempre glorioso y triunfador sobre cualquier Simón Magus del mundo, en su sucesor León XIII en el Vaticano.»

Tal es el artículo intencionado y valiente que publica *L' Osservatore Romano*.

LOS PRIMEROS AÑOS DE TERESA DE JESÚS.

«Oh Hijo mío! (que es tan humilde que así se quiere nombrar á quien va esto dirigido y me lo mandó escribir), sean sólo para Vos las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste á no me sacar de ella, cuando me saca el Señor de mí; ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que cumplí: parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico á vuesa merced seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron: pues dice vuesa merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced. Padre mío, pues es mi confesor, y á quien he fiado mi alma; desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

«Ese concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad y ordenar maldades y herejías,

procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos á otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más á Dios; que no hay quien también se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje. Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar; buena intención ternán, y la obra lo será, más así se enmiendan pocos. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama: no digo yo sea tanta como ellos tenían, querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe, vuesa merced, en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra, que no se les daba más, á truco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo; que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo que soy esta, más querría ser. ¡Oh gran libertad! tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme á las leyes del mundo; que como esta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar á su tierra. Y pues este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme que he estado muy atrevida.

(De la vida de Santa Teresa, escrita por ella misma. Cap. XVI).

EL APOSTOLADO DE LA MUJER.

He leído en un periódico que una conocida escritora trataba de entrar en el noviciado de Jesús y María, y me ha venido la idea de decir cuatro cosas sobre el apostolado de las mujeres. Puesto que el mal tiene un poderosísimo propagan-

dista en el *sexo débil*, razón hay para pedir en compensación coopere eficazmente, en todos los terrenos que le sea posible, á la propagación y enseñanza, y más que nada á la conversión de las almas negligentes ó pecadoras de su sexo en particular. No hay que mentar las reglas de prudencia que debe tener presentes; pero esa misma *prudencia* mujeril es quizá el arma, después de la gracia divina, mejor para estos trances. El ojeo y la caza mayor y menor han de dar en sus manos excelentes resultados, sobre todo, si no se aturde y desconcierta, y sabe despreciar los fantasmas de la tentación que no hacen peligrar su honor, modestia y decoro. Nadie como la mujer tiene el dón de hallar palabras indiferentes y aun vanas para entretener á los impetuosos y *radicales*, y propinarles suavemente golpecitos de remordimientos en el corazón, para despertarles recuerdos que les llamen al cumplimiento del deber, y para invocar siempre y oportunamente el nombre de María, que es seguramente el más poderoso y fácil medio de volver la vista á los ciegos y extraviados.

Nuestra mujer ordinariamente es, como dicen, beata, y viva mil años su santa beatería! Quiere esto decir que acude con frecuencia á la oración y Sacramentos. Mas suele suceder, que el marido la increpa violentamente con el *A Dico rogando y con el mazo dando*, y atemorizada entonces, fía muchas veces más en el mazo que en Dios. Esto es un mal. Aquella máxima es cierta; mas entrando en la comunicación con Dios y asistidos por Él, cosa asequible á todas las almas de buena voluntad, puede derribarse, con pequeños golpecitos de mazo y con mucha oración y la penitencia que se pueda, todas las murallas del infierno. Porque si nos atuviésemos á lo que se llama fuerza mecánica y actividad material solamente, en este sentido bastaría, como es sabido, un solo demonio para hacer trizas el mundo.

El mérito está en saber conciliar el amor ferviente con el deber humano. Pero los mismos deberes, si hay buena voluntad y confianza absoluta en Dios, son un medio incomparable para llamar á Dios los corazones. Se necesita poner la ocasión, y después esperar y obrar sin vana-

gloria; cosa no muy fácil por cierto á las hijas. ... é hijos de Eva. Sobre todo no olvide que está siempre en la presencia de Dios, pero que está también, por Él, en el mundo.

¿Es posible indicar á la mujer los recursos sin fin que tiene para practicar un eficaz y fecundo apostolado? La mujer ora, lee, escribe, trata por precisión con muchos en ciertos casos, y es capaz también de los más estupendos actos de valor, de abnegación y caridad con el favor del cielo.... Pues la mujer también ha de ser á su modo un soldado de Cristo, y ha de entrar, mientras su virtud no peligre, en la escaramuza y el combate. Porque eso no obsta para que sea humilde, apartada del tráfico, casera, en una palabra, hasta el punto que esto, en nuestra abigarrada y febril sociedad, le sea posible, mas no debe olvidar que hay multitud de hermanas suyas entregadas á la prostitución, al amancebamiento, al vicio en sus diferentes aspectos; no debe olvidar los hábitos de bailoteo y de lenguaje *incorrecto* de las jóvenes que sirven en las familias, casas de huéspedes, establecimientos públicos y en las tareas del campo; no debe olvidar la higiene moral del fraseo y maneras de la mujer de plazuela y mercado; no debe pasar por alto esas familias que imploran limosna en medio de la calle y duermen al sereno; no debe hacer caso omiso del bien que se puede hacer en las mujeres que gim.en en las cárceles, hospitales, singularmente las que llevan en sí enfermedades asquerosas de alma y cuerpo, y, sobre todo y ante todo, debe dedicar gran parte de sus afanes á las mujeres del *gran mundo*, á las *reinas de la moda*, las más infelices, enfermas y necesitadas que darse puede.

Creo que hay asociaciones para el remedio de muchos de los males indicados. No será malo llamar, no obstante, la atención de las señoras y de las que no lo son, á fin de que no pierdan ripio para contribuir, hasta donde alcance su poder, al triunfo de la moral, de la Religión y de la verdad católica.

S.

VARIEDADES.

MALALENGUA.

(CUENTO)

Así la llamaban y tenía bien ganado el nombre: de pueblo en pueblo iba con la cesta de la quincalla y un zurrón muy grande lleno de chismes, enredos y bellaqueñas que sobre la mercancía repartía gratis á los parroquianos. No hay que olvidar que la pícara curiosidad perdió á nuestra madre Eva, y como sus hijas heredaron la gracia, se pirran por saber vidas ajenas, rabian por oír historias, y se bañan en agua rosada cuando se le corta un sayo á Fulanica ó Menganica, que son más guapas que ellas, ó viven en posición más desahogada que la suya. Pues sucedía que apenas Malalengua asomaba por las calles del lugar anunciándose con esta cantinela:

La quinquillera
va por la calle,
todo lo vende
medio de balde;

cuando las tres cuartas partes de las mujeres salían á la puerta, cual remendando los calzones del marido, cual con el mamón en brazos; ésta mondando las patatas para el puchero, aquella peinándose las greñas ó tirándole del brazo á un chiquillo á medio vestir: en una palabra, acudían toditas al cebo de aquella lengua de víbora; y por el placer de oírla dejaban las haciendas de sus casas; y por no disgustarla se dejaban engatuzar por su condenada labia, comprándole tal ó cual baratija más ó menos inútil, con dinero emprestado unas veces, cercenándole otras á lo más preciso.

Así vivía y así medraba Malalengua; pero también había su tropezoncito en el camino de sus glorias: dábalo en la puerta de la tía Manuela, cerrada indefectiblemente á sus chismes y habladurías: en vano la empujaba con el ansia de quien espera satisfacer un deseo muy vivo, que si cedía aquélla, no así la voluntad de su dueña, quien al meloso «¿Qué falta hoy?» acompañado con la relación de los artícu-

los que llevaba en la cesta, respondía con buen modo, pero con marcada sequedad: «No falta nada».

Así y todo Malalengua, que era baja y rastrera como las culebras sus hermanas, con la esperanza de entablar conversación, le suplicaba un traguito de agua que venía ahogadita de sed con el sol y la mercancía acuestas; una hojita de perejil para el salpicón; ó cuatro granicos de cominos para la ensalada.

Dabale la tía Manuela de lo que tenía, pero en cuantito que comenzaba el pali-que, la dejaba con la palabra en la boca, espetándole siempre la misma excusa:

—Usted me perdone, pero tengo que hacer allá dentro.

Y se largaba, dejando á la encismadora más fea de lo que era. Verde se ponía de coraje, y si con los ojos se matara, ya le podían cantar los responsos á la tía Manuela: afortunadamente los ojos no matan, pero Malalengua se consolaba pensando: El día en que pueda yo meter el cisma en esta casa, arde desde el tejado á los cimientos.

Tenía la tía Manuela dos hijos como dos pimpollos. Cuando el mayor tiró la quinta, le libró su madre por ser viuda, y cuando le tocó al segundo entrar en suerte, aconsejaron al primero que se casara para que á su vez pudiera librarse el otro de ir al servicio. Así lo hizo, buscándose una chica de un lugar vecino, la cual dijo Malalengua que no había sido muy del gusto de su madre.

Hízose la boda, y si tenía fundamento el dicho, tía Manuela tragó saliva y supo bien disimular, que cuando la cosa no tiene remedio no hay sino, á mal tiempo buena cara.

Marchó Andrés, que así se llamaba el recién casado, á establecerse en el pueblo de su mujer, y quedó la madre con su otro hijo.

—Ahora es la mía, pensó Malalengua; con poco que lleve y traiga, se arma una guerra que ni la de Napoleón.

Como ocho días haría que el puesto de Andrés quedó vacío en la casa de su madre, cuando se llegó á ella Malalengua.

—Muy buenos días tenga V., tía Manuela; un recadito le traigo del que tiene V. ahora en el pensamiento.

—¿Cómo está el hijo de mis entrañas? preguntó la madre olvidando con el ansia de saber y hablar de su Andrés la prudencia de toda una vida.

—Como la propia rosa, respondió Malalengua, pensando erirla por la envidia y los celos; la alegría y el gusto le chorrean por todo el cuerpo, como que está con la baba caída con la alhaja de su mujer.

Pero la muy tunanta no contaba con que las malas pasiones no tienen cabida en el corazón de las madres; y se quedó turulata al ver cómo aquella cruzaba las manos en acción de gracias, y levantando los ojos al cielo exclamaba con todo su corazón:

—¡El Señor los bendiga!

Esta vez fué Malalengua quien se largó con un humor tan perro que no parecía sino que los demonios se la llevaban.

Pero si á maldiciente no la ganaba nadie, á terca tampoco; y pasados que fueron unos días, ya estaba otra vez allí con la embajada.

—Dios guarde á V., tía Manuela; de allá abajo vengo ahora mismo.

—¿Y cómo siguen los hijos de mi vida? preguntaba afanosa la muy madraza.

—Pues haga V. cuenta que para ellos el mundo entero está en su casita, que han puesto como un nido de oro, donde los dos pichones se arrullan día y noche, que aquello da envidia, y se le hace á una agua la boca.

—¡El Señor los bendiga! volvió á repetir la buena mujer con el mayor contento.

Dióse á todos los diablos Malalengua con tantas bendiciones, y se propuso cambiar de rumbo.

—¿Qué noticias me trae V. de por allá? preguntó la madre pasadas algunas semanas.

No tan buenas como yo deseara, respondió la grandísima bribona poniendo la cara muy compungida.

—¿Está malo el hijo de mi alma? interrogó la pobre mujer llena de sobresalto.

—Como malo no lo está; pero mire usted, quién lo había de decir? no es oro todo lo que reluce en aquella casa, y ya suspira por la de su madre donde tan mimado y atendido estaba, mientras que ahora... la mujer le ha salido tan aragonesa y melindrosa que no aprovecha ni pa-

ra señorita de esas que tienen una criada para vestirla, otra para descalzarla y otra para alisarle el cabello. Se levanta á las diez del día, se compone y sale de comadre por la vecindad; y el puchero sin lumbre, los garbanzos como balines, y la berza más dura que un cuerno, de modo que no se puede comer: venga entonces una fritada de huevos ó unas magras que se tenían reservadas para un día; de modo que sobre ser desidiosa, es despilfarradora hasta echar la casa por la ventana.

Oyó atentamente la tía Manuela el memorial de agravios, y en cuanto la otra hizo punto, dió un respiro como si se hubiese quitado un peso de encima, y dijo muy resignada:

—Bendito sea Dios, que aún podía ser peor.

—¡El demonio de la mujer es de estu-col! masculló la harpía; pero hay cosas que levantan las mismas piedras.

—Tía Manuela, tengo la sangre más negra que ese pañuelo que lleva V. al pescuezo, díjole la encismadora algún tiempo después.

—Pues ¿qué le pasa á V.? preguntó la otra, y no se acalora de ese modo que pudiera coger una enfermedad.

—Es que yo no tengo alma para ver ciertas cosas, y en poniéndole ley á una persona como se la tengo á V., tía Manuela, y á ese pobretico de Andrés también.

—Que Dios se lo pague.

—Muchas gracias; pues iba diciendo que me revienta y me pudre que la casquivana de su mujer le esté matando á fuego lento con los disgustos que le da cada día; más liviana es que el aire, y donde quiera que haya bulla, allí se ha de meter de hoz y de coz; y aún cuando la cosa no pase á mayores, pone en mal lugar al marido, que por cierto no merece que lo haga con él como lo hace esa bribona.

Algo se le trasmudó el semblante á la tía Manuela, que hay cosas que así saltan de una mala lengua, siempre llegan al alma; pero se rehizo en seguida y respondió con entera conformidad y sosiego:

—Bendito sea Dios que aún podía ser peor.

—¡Qué alma y qué pachorra tiene usted tía Manuela! borboteó la quincallera con ganas de tirarle á la cabeza la cesta de la mercancía.

—Y ¿qué quiere V., hija? el que no se consuela es porque no quiere.

—¡Vaya que tiene V. unas tragaderas más grandes que la voluntad del Señor!

—Eso no tiene comparación ni medida, cuando no deja que la tierra se trague á ciertas mujeres que deberían arder en los profundos.

—Diga V. que sí, tía Manuela.

—¡Vaya si lo digo!

Y no dándose por entendida, aunque bien sintió la puntada, se largo la maldita como perro con maza, aun cuando no pudo sosegar sin volver á la carga, pasados que fueron algunos días.

—Buenas y santas noches, tía Manuela; si me hiciera V. el favor de una poquita de enjundia... tengo el gznate que no me puede pasar por él la gracia de Dios.

—Ya se le conoce en el hablar.

—De las desazones que una toma, tía Manuela.

—Pues hija, ¡quién como V., que no tiene hijo ni codijo, ni nadie por quien tenga que darse esas sofoquinas!

—Cabalmente por eso quiero tanto á los buenos amigos, que parece que los tengo metidos en las entretelas del corazón.

—Y puede que maldito lo que se lo agradezcan,

—Le juro que es así, tía Manuela, pero no lo puedo remediar; en viendo ciertas perradas... á dejar de ir á vender voy al pueblo donde aquel pobretico está viviendo más «afrentao» que si le hubiesen mandado dar cien azotes por mano del verdugo; porque digo á V. que la grandísima sin vergüenza de su mujer...

¡Á que no acierta V. cómo me la encontré la otra tarde! Borracha perdida, hija, borracha perdida. Esta flor le faltaba al ramo, dije yo rompiendo á llorar á la vista de aquella indignidad y de aquella miseria. ¡Y pensar que se ha llevado un mozo como unas perlas! ¡y ha entrado en una familia que á honrada no la gana ni el rey!... ¡Ay tía Manuela, por mucho que quiera V. tragar saliva y hacer de tripas

corazón, debe usted de vivir con la pícara de su nueral

—Bendito sea Dios que aún pudiera ser peor, repitió la buena mujer invariablemente.

Malalengua dió un respingo, y se fué diciendo fú como los gatos.

Pero la terquedad y porfía nacieron hembras, y favorecida por un triste suceso que tuvo lugar en la casa de Andrés, acudió á darle la consabida matraca á la pobre vieja.

Esta se preparaba á cerrar la puerta para dirigirse al pueblo donde vivía su hijo, cuando la grandísima encismadora le cerró el paso diciendo:

—¿Tiene V. valor para ir á casa de esta arrastrada?

—¿Y por qué nó? respondió la tía Manuela enjugándose con la punta del delantal una lágrima que se empeñaba en correr por la cara abajo.

—Porque no tiene V. sangre en las venas si va V. allá; á menos que vaya para hartar de bofetadas á aquella bribona, mala madre que ha matado á su hijo... Lo sé de buena tinta; el cirujano mismo me lo dijo esta mañana; tenía el angelito una calentura que se volaba, como que estaba con la dentición; pues la muy pícara dijo que no tenía nada y se fué de fiesta en casa de la tía Chana, que había casado á la menor de sus hijas. Allí estuvo saltando y brincando toda la santa noche, y cuando de madrugada llegó á su casa, el angelito de Dios estaba con un accidente que si se hubiera acudido á tiempo no fuera nada, pero que ya no tenía remedio. Con que ¿qué le parece á V., de la alhaja que le ha caído en suerte á su hijo?

—Bendito sea Dios, que aún podía ser peor, repitió una vez más la tía Manuela.

La quincallera se dió á todos los demonios que no la tenían por suya; dejó en el suelo la cesta de la mercancía; cogió por los hombros á la pobre vieja, y sacudiéndola con gran empuje, gritóle.

—Diga, diga, grandísima papanatas, ¿qué hay peor que una mujer manirrota, puerca, casquivana, amiga de emborracharse, mala esposa y peor madre, hasta dejar morir sin auxilio al hijo de su corazón?

—Una mala lengua, respondió la tía Manuela deshaciéndose como pudo de aquella víbora, y tomando el camino del pueblo donde su hijo habitaba.

AURORA LISTA.

CÓMO ES EL MUNDO.

Recuerdo que una vez, cuando aprendía
En mi edad infantil la geografía,
Mi prudente maestro,
En enseñar muchachos hombre diestro,
Por fijar en mi mente asaz inquieta,
Qué forma esferoidal tiene el planeta,
En el que habita nuestra especie humana,
Me enseñó una manzana,
Hermosa, colorada y reluciente,
Ejemplar de ese fruto sin segundo,
Y me dijo: «¿La ves? Así es el mundo».

Y conociendo al punto los insanos
Designios que por ella alimentaba,
El fruto tentador puso en mis manos;
Mas al partirle alegre y presuroso,
Podrido hallé aquel fruto tan hermoso;
Y con tono entre grave, triste y serio
Que ocultar parecía algún misterio,
Viendo el maestro mi dolor profundo,
Me volvió á repetir: «Así es el mundo».



CRÓNICA UNIVERSAL.

DE ROMA.

Cítase estos días un libro escrito por el general Cadorna con el título *La liberazione di Roma*. Sabido es que Cadorna mandaba las fuerzas piemonteses que invadieron la ciudad y abrieron la famosa brecha. Ya se han refutado desde que apareció la obra las falsedades que contiene; pero á mayor abundamiento hay que recordar que en alguna edición se han suprimido las palabras que más elogiaban al rey Victor Manuel, especialmente esta frase *con lealtà di re*. La supresión tiene su razón de ser; pero reproducir así los documentos no es más que falsear la historia. Verdad es que antes decía *con fede di cattolica* y esta frase no se ha borrado.

—Ha recibido Su Santidad en audiencia privada á Monseñor Juan Esberard, Ar-

zobispo de Rio Janeiro y á Monseñor Alejandro Mac-Donell, Obispo de Alejandría, en el Canadá. También ha recibido á una diputación de la ciudad de Génova que formaban el P. Parisi, Barnabita y Vicente Capellini, Consejero provincial, protestando contra las fiestas del 20 de este mes y remitiendo al mismo tiempo considerables ofrendas del *Dinero de San Pedro*.

—Al terminarse el Congreso Católico de Turín se discutió, según es costumbre en análogas ocasiones, acerca de la ciudad en que debería celebrarse el siguiente. Dudábase entre Florencia, Milán y Orvieto, pero nada se decidió, sin duda porque en todos estos puntos se presentaban algunas dificultades que ha de resolver el tiempo.

—En el mensaje que al Papa dirigen las señoras católicas de Roma, recuérdase que en los primeros siglos de la Iglesia, cuando un Romano Pontífice se hallaba relegado en la Tracia, la actitud de las damas de la ciudad eterna consiguió que volviese á Roma el Jefe del Cristianismo, perseguido por la perfidia de los arrianos. Con motivo de las fiestas del 20, se dice que se repetirá el mismo espectáculo y se asegura á Su Santidad la mayor adhesión. Firma este documento la directora de la *Pia Unión de señoras católicas* doña Francisca Lucchesi Pallí, princesa Massimo.

—Los periódicos de Roma han abierto una sección especial para dar cuenta de los Ayuntamientos que mandan sus representantes á las funciones y de los que se niegan á contribuir al esplendor de la fiesta nacional acudiendo á la Ciudad Eterna.

DE ESPAÑA.

—En cumplimiento de una de las cláusulas del testamento del muy ilustre señor D. Luís Fernández Casariego (q. e. p. d.), le anuncia en Madrid la provisión de dos dotes de á 5.000 pesetas y otras dos de á 1.000 pesetas, que con destino á una Comunidad de enseñanza se han de proveer entre las jóvenes que lo soliciten, hijas legítimas; mayores de 18 y menores de 38 años, que gocen de buena salud y sean de conducta intachable.

Para las dotes de 5.000 pesetas se requiere, además, no haber sido sirvienta y tener esmerada educación, siendo preferidas las que sepan música, dibujo ó tengan título de profesoras ó alguna plaza ganada por oposición.

Las instancias, informadas por el Párroco respectivo, se dirigirán al señor don Francisco de Asís Méndez, calle de don Martín, núm. 72.

La adjudicación será el próximo 10 de Noviembre, fiesta del Patrocinio de la Santísima Virgen.

—El sácado celebróse con toda solemnidad en la iglesia parroquial de Villagarcía, Santiago, un acto fúnebre por las víctimas del crucero *Reina Regente*, y de los vapores *Carpio*, *Sepent* y *Don Pedro*.

La oración fúnebre, encomendada al Sr. D. Isolino Suárez, no dejó nada que dasear.

Entre la inmensa concurrencia vióse á muchas familias de los tripulantes del *Reina Regente*, que al oír el sentidísimo discurso del Sr. Suárez prorrumpieron en gritos de angustia.

Al acto asistieron las autoridades.

El domingo se cantaron varios responsos en el monte Loberia. La concurrencia fué numerosísima.

DEL CONCEJO.

Ayer se celebraron en la iglesia parroquial de esta Villa solemnnes honras fúnebres de cabo de año por el eterno descanso de D. Mariano Rodríguez Pérez.

—Ha renunciado el cargo de habilitado de este Arciprestazgo el Coadjutor de esta villa don Estanislao González.

Como el Director y demás congregantas que formaban parte de la Junta directiva, han presentado sus dimisiones, como ya hemos indicado en el número anterior, ignoramos qué pudo haber ocurrido para dar motivo á semejante resolución.

Procuraremos enterarnos.

—Ha fallecido el virtuoso párroco de Muñón Cimero, D. Francisco Fernández Borrero.

Damos el pésame á su distinguida familia.

SECCIÓN RELIGIOSA.

SEPTIEMBRE.

MES DEDICADO Á LA EXALTACIÓN DE LA SANTA FE.

Apostolado de la Oración.

INTENCIÓN GENERAL PARA SEPTIEMBRE

Las religiosas misioneras.

ORACIÓN PARA ESTE MES.

¡Oh Jesús miol por medio del Corazón immaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco en especial, por las heroínas de la fe y de la caridad que compitiendo en celo con los misioneros, comparten con ellos sus penalidades y sus victorias.

Visitas de la Corte de María.

Día 26. Nuestra Señora de los Dolores, en su altar de la parroquial.—*Día 27.* Nuestra Señora del Carmen, en la iglesia parroquial.—*Día 28.* Nuestra Señora de la Coronación, altar mayor de la parroquial.—*Día 29.* Nuestra Señora de Guadalupe, en su altar de la capilla del antiguo Convento.—*Día 30.* Nuestra Señora de la Coronación, altar mayor de la parroquial.—*Día 1.º* Nuestra Señora del Rosario, en su altar de la parroquial.—*Día 2.* Nuestra Señora de los Angeles, altar mayor de la parroquial.

Santoral.

Jueves 26 —San Cipriano, mártir.

Viernes 27. —Santos Cosme y Damían.

Sábado 28. —San Wenceslao, duque.

Domingo 29. —La Dedicación de San Miguel arcángel.

Lunes 30. —San Jerónimo, doctor.

Martes 1.º de Octubre. —San Remigio, arzobispo.

Miércoles 2. —Los Santos Angeles de nuestra Guarda.